

Café Dorrienne



Xanti Ramirez

Café Dorianne

Xanti Ramírez

<http://xantiramirez.blogspot.com.es>

Diseño de portada: Xanti Ramírez

Copyright © 2018 Xanti Ramírez

All rights reserved.

ISBN:

ISBN-13:

ÍNDICE

[Capítulo 1.9](#)

[Capítulo 2.21](#)

[Capítulo 3.31](#)

[Capítulo 4.47](#)

[Capítulo 5.53](#)

CAPÍTULO 1

“El Café Dorianne nació el día que el comerciante francés Therry Lacroise, adquirió un amplio establecimiento de la calle Prim de Madrid con la intención de abrir el primer ‘café cantante’ de la capital. Un local de ocio donde se complementaban el servicio propio de un café con la puesta en escena de espectáculos de cabaret y cante. Se inauguró una lluviosa tarde de 1889 y pronto atrajo a multitud de viandantes, que se acercaban a degustar su delicioso café o a pasar una agradable velada tras una función en el teatro Príncipe Alfonso. El nombre del café hacía honor a la mujer del propio comerciante, Madame Dorianne Artilles, una cantante de origen portugués que fue musa absoluta del local en aquellos primeros tiempos, donde actuaba cada noche cosechando resultados dispares de crítica y público. Algunos de los primeros clientes célebres del Café Dorianne fueron el premio nobel de medicina don Santiago Ramón y Cajal o el dramaturgo Benito Pérez Galdós.”

3 de noviembre de 1890:

Con las luces apagadas, una seductora voz femenina comenzó a entonar los primeros versos del conocido fado “Seu Sorriso”, acompañada únicamente de una guitarra portuguesa. Tras los primeros acordes musicales las luces del escenario se encendieron de nuevo, y una mujer bajita y regordeta apareció en escena envuelta en un fabuloso vestido de encaje azul. Sus torpes movimientos sobre el escenario desataron rápidamente los primeros comentarios sarcásticos del público, que aun así, abarrotaba una noche más el patio de butacas.

Unos metros alejados del escenario, y en una discreta mesa del extremo oeste del salón, un hombre y una mujer brindaban con coñac mientras disfrutaban del espectáculo. El hombre superaba ampliamente los 50 años de edad y vestía una elegante camisa blanca con chaleco de botones. La mujer, de treinta y pocos, lucía un llamativo vestido amarillo y llevaba el pelo recogido en una diadema.

– ¿Así que aquella es la famosa Madame Dorianne? –comentó el hombre.

– Así es.

– Pues canta fatal.

– Venga, no seas cruel. Ella es un claro ejemplo de superación. La muestra de que a base de esfuerzo y sacrificio se pueden alcanzar todas las metas que te propongas en la vida.

– A pesar de carecer del más mínimo talento...

– Sí, esa es la moraleja –contestó la mujer, sonriendo.

– Bueno, el tener un marido millonario que te compre un teatro para tu exclusivo lucimiento, también ayuda.

–No te lo voy a negar.

Los dos rieron y brindaron con sus copas.

– Por cierto, me alegro mucho de verte –dijo ella.

– Igualmente. Además, tengo que confesarte que estás espectacular con ese vestido. Esta época te sienta de maravilla.

– Muchas gracias. Yo también te veo muy bien. A lo mejor te ha salido alguna cana que otra, pero ese bigote a lo ‘Errol Flynn’ te queda como un guante.

Ella no pudo evitar reírse mientras él se tomó el comentario con resignación.

– Vamos, no seas mala, sé que es un poco ridículo pero es lo que se lleva ahora. Tú, sin embargo, sigues igual de joven y radiante que la última vez que nos vimos... ¿Cuánto tiempo llevas por aquí?

– Llegué el lunes pasado. Vengo directamente desde nuestra última cita.

El hombre se quedó muy sorprendido por esta respuesta.

– ¿Cómo? ¿Y por qué?

– Estaba preocupada por ti. Necesitaba verte y aclarar las cosas.

– Vaya, así que según tu perspectiva... –reflexionó él en voz alta–, hace solo una semana que nos hemos visto... Joder, ¡Ya lo siento! Yo he tardado un montón de años en venir a verte. No sabía que estuvieras esperándome.

– No pasa nada, me alegra comprobar que ya estás mucho mejor.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio, mirándose a los ojos con ternura, recordando viejos tiempos, y después se sonrieron y dieron un buen trago a sus respectivas copas. Mientras tanto, en el escenario, Madame Dorianne terminaba su actuación y se despedía del público entre aplausos y algún que otro abucheo.

– ¿Y dónde has estado todo este tiempo? –preguntó la joven.

– Bueno, un poco por aquí y por allá... Ya sabes. Viviendo distintas experiencias.

– Escucha... –interrumpió ella–. Lo que pediste que hiciera la última vez que nos vimos, sabes que nunca podría hacerlo... ¿Verdad? Ni por nada del mundo.

– Sí, lo sé, y nunca debí pedírtelo –se disculpó él–. Siento haberte puesto en esa tesitura. Fui un auténtico gilipollas.

– Desde luego.

– Y te pido perdón... Pero ahora olvídate de ello ¿Ok? Ya es agua pasada.

– Me alegro –contestó ella, algo más aliviada–. Así que... ¿Ya se te ha quitado esa idea loca de la cabeza?

– Sí. ¡Por supuesto! Todo este tiempo que he estado viajando, he madurado, ¿sabes? Antes no era más que un niño arrogante e impulsivo que se creía el centro del universo y pensaba que todo giraba en torno a él, pero... Oye, me puedes cortar cuando quieras ¿eh? –añadió él, con ironía.

– No, lo estás haciendo muy bien –contestó ella, sonriendo.

– El caso es que he comprendido que a veces las cosas pasan simplemente porque tienen que pasar ¡Es el libre albedrío! El curso natural de la vida, y así debe ser además... Así que creo que por fin he aprendido a relajarme y a disfrutar un poco de la vida, sin preocuparme tanto por todo.

– Bien. Me alegro mucho de que hayas llegado a esa conclusión. Me tenías muy preocupada.

Él sonrió y cogió la mano de la joven con delicadeza.

– Pero mírate... ¡Si ahora parezco tu padre! ¿Qué pensará la gente de nosotros? Debo ser la envidia de todo el café.

– Probablemente creerán que soy una chica de compañía, teniendo en cuenta la mentalidad de esta época... –contestó ella, resignada– Pero bueno, cuéntame alguna de tus aventuras, anda.

– Pues estuve una temporada en París, en 1968, compartiendo piso con unos estudiantes universitarios. Hablábamos de arte, tomábamos drogas y protestábamos contra la sociedad de consumo... Ya sabes ¡Incluso formamos un grupo anarquista! Deberías haber estado. Fue muy divertido, la verdad, aunque al final me cansé de aquello y viajé a la Florencia del siglo XVI.

– ¡Qué dices! –contestó ella muy sorprendida–. ¿No me digas que viste a...?

– Joder, ¡claro que sí!, –interrumpió él–. E incluso fui su alumno una temporada.

– ¿De verdad conociste a Leonardo Da Vinci? Vaya... ¿Y cómo es?

– Un absoluto genio. Tal y como te lo imaginas. Tenía un talento desbordante.

Ella se fijó entonces en una pequeña carpeta de cuero que asomaba del bolsillo de la chaqueta de su compañero.

– No me digas que llevas alguno de sus diseños ahí dentro.

– No, es otra cosa... –contestó él, con evasivas– Luego te enseño.

– Oye, sabes que viajar a épocas tan antiguas es muy peligroso. Podrías haber muerto –recordó ella, enfadada.

– Lo sé, y de hecho... tengo que confesarte que una noche me hirieron con un sable en una reyerta callejera.

El hombre se remangó la camisa y dejó entrever una cicatriz de casi 10

centímetros en su antebrazo izquierdo.

– Y después me contagié de la peste, y tuve que viajar hasta el año 2035 para curarme -añadió.

– Joder. Ya te vale...

– Por cierto, ¿sabes cómo funciona la medicina del futuro? ¡Pues es acojonante! Te hacen beber un líquido azul asqueroso lleno de micro robots que transportan antibióticos génicos por todo tu organismo... ¡Y en solo tres horas estaba como nuevo!

– Estás como una cabra –contestó ella, en tono divertido–. ¿Y luego que hiciste?

– Después me pasé una larga temporada en el sur de Navarra, trabajando como mozo de cuadra en la granja de mis antepasados... Era el año 1905. Obviamente ellos no sabían quién era yo, y así pude conocer a mi bisabuelo cuando solo era un chaval. Le enseñé a jugar al ajedrez y todo. Fue muy emocionante.

– Creo que me has contado su historia alguna vez... ¿No es el que murió en la primera guerra mundial?

– Sí, de hecho, me marché de allí justo estalló la guerra y se unió a la legión extranjera... No pude esperar a recibir la noticia de su muerte. Le había cogido demasiado cariño, ya sabes.

– Me lo imagino –contestó ella, con empatía.

– Y después, poco más... Estuve una temporada en Chicago, en los años cincuenta, trabajando de camarero en un garito de jazz mientras aprendía a tocar el saxo. Y más tarde vine aquí.

– Vaya, veo que no has perdido el tiempo.

– ¿Y tú? ¿Qué planes tienes para el futuro?

– Pues no lo sé todavía –admitió ella–. Pero ya que estoy aquí, a lo mejor me quedo una temporada... La vida social y cultural de este periodo no está nada mal. Lástima que la calle huela siempre a mierda de caballo.

– Sí, no creo que lo soportes mucho tiempo.

Los dos se echaron a reír con complicidad.

– La verdad es que se me están acabando un poco las ideas... –continuó ella–, quizá me pase una temporada tranquila sin viajar. Es difícil para una mujer soltera encontrar una época en la que no acabe oprimida por una sociedad ultramachista, ¿sabes?

– Me lo puedo imaginar –contestó él–. ¿Y has pensado en ser profesora? Siempre te ha encantado la enseñanza. Podrías ir a Cambridge en los años 70,

por ejemplo. Seguro que encontrarías trabajo sin problemas.

– Sí. Ya lo había pensado, y puede que sea una buena opción.

En ese instante, las luces del salón se volvieron a apagar, y Madame Dorianne subió al escenario entre los aplausos del público y una densa nube de humo de cigarrillo. Esta vez la diva venía acompañada de un cuarteto de cuerda compuesto por dos violines, una viola y un violonchelo, que comenzaron a interpretar una conocida balada en francés. Desde la distancia, la pareja observaba la escena con expectación.

– Pues me parece una mujer muy atractiva –comentó él.

– Bueno, admito que tiene cierto magnetismo, pero lo que se dice atractiva...

– Quizá no en el sentido más estricto de la palabra, pero se la ve decidida y ambiciosa ¿sabes?, y esas cualidades le hacen ser atractiva– dijo él.

– Sí. También ocurre lo mismo con los hombres.

– De algún modo me recuerda a Cleopatra. Tampoco era muy guapa, pero no le hacía ninguna falta.

– ... ¿También conociste a Cleopatra? –preguntó ella, alucinada.

– No, era broma.

– ¡Pero qué cabrón!

Ella le dio un pequeño manotazo en el hombro, por haberla tomado el pelo, y se echó a reír.

– Aunque la vi de lejos, una vez –añadió él.

– Sí, claro...

Los dos amigos decidieron entonces presenciar el resto de la actuación de Madame Dorianne en respetuoso silencio, y tras el merecido aplauso final, la joven volvió a tomar la palabra.

– ¿Cuándo te apetece que nos volvamos a ver? Esta vez te toca elegir a ti.

– Venga, pues pongámonos un poco modernos y volvamos al siglo XXI. ¿Qué te parece el año 2042? –propuso él.

– Ya sabes que no me gusta viajar al futuro... Pero esta vez haré una excepción –contestó ella, sonriendo.

– ¡Gracias! ¿El 8 de junio te parece bien?

– Perfecto.

– Y escucha... me gustaría pedirte otro favor –dijo él, en un tono más serio–. Esta vez tómate tu tiempo antes de acudir a la cita... ¿Ok? ¡Disfruta un poco de la vida! y deja de preocuparte tanto por mí... Viaja, trabaja en lo que más te guste, escribe novelas, cástate con un pintor bohemio, no sé, ¡haz lo que te dé la gana! Pero sobre todo, tarda un montón en venir.

– ¿Tan pocas ganas tienes de verme?

– Sabes que no es eso.

– Ok, ya veremos... De momento daré por bueno el consejo de todo un alumno de Leonardo da Vinci –respondió ella, con sarcasmo.

– ¿Pues sabes que tenía un serio problema de higiene personal? ¡Olía fatal el tío!, aunque era algo muy típico de la época. Yo mismo me pasé varias semanas sin ducharme y...

– Venga cállate y déjame escuchar esta canción –interrumpió ella, sonriendo.

Mientras tanto, en el escenario, Madam Dorianne comenzaba a interpretar los primeros compases del clásico Portugués “Da Grande Beleza”, envuelta en un espectacular chal de terciopelo, y ante un público totalmente entregado.

CAPÍTULO 2

“A principios de siglo XX, el matrimonio Lacroise-Artiles, cansados ya de tanto esfuerzo y dedicación en un proyecto que no reportaba grandes beneficios económicos ni artísticos, decidieron vender el café a unos empresarios de la hostelería madrileña. Estos nuevos propietarios realizaron entonces la primera reforma integral del local, cambiando por completo el anticuado mobiliario e instalando barras y taburetes al estilo americano. Aun así, y gracias a una clausula específica en el contrato de compra-venta, se conservó para la posteridad el nombre original del local.

Poco a poco empezaron a surgir las primeras tertulias literarias, donde escritores, filósofos y artistas de diferentes ámbitos se reunían alrededor de las mesas centrales para debatir sobre política, literatura o toros. En aquellos tiempos era frecuente encontrarse a celebridades como el poeta Federico García Lorca o el torero Ignacio Sánchez-Mejías tomándose un café y fumando puros junto a sus amistades. Más tarde, tras el estallido de la guerra civil y la dispersión de los integrantes de la generación del 98, el local se llenó de activistas y milicianos que lo utilizaron como punto de reunión clandestino. Pero la victoria del bando nacional supuso la desaparición de la clientela habitual, y tras un breve periodo de incertidumbre, comenzaron a aparecer nuevos grupos de jóvenes tertulianos, como José García Nieto o Pedro de Lorenzo, con una alineación con el régimen algo dudosa... Este hecho puso al café en una situación social algo comprometida, pero al mismo tiempo le permitió sobrevivir a la crisis de la postguerra que tantos otros negocios similares se llevó por delante”.

17 de Junio de 1940:

Cerca de la puerta de acceso principal y sentados en torno a una austera mesa de madera, dos jóvenes tomaban café y charlaban animadamente. Ambos rondaban los veinticinco años de edad y vestían de forma muy elegante. Ella con una falda de tubo y chaqueta de color beige, y él con un traje sport azul marino de dos piezas. La joven relataba con pelos y señales una anécdota aparentemente muy divertida, mientras su interlocutor se limitaba a escuchar el relato con una sonrisa en los labios.

– Y fue increíble. ¡Te juro que había más de 400.000 personas en aquel descampado! Todos escuchando a unos jovencísimos Jimmy Hendrix, Janis Joplin y The who en su mejor momento.

– Vaya, menudo cartel –contestó él, impresionado.

– Pues así fue Woodstock. Tres días increíbles de rock and roll, amor y protestas contra la guerra de Vietnam, ¿y sabes qué?

– Sorpréndeme.

– Que cuando terminó el festival volví atrás otros tres días y empecé de nuevo.

Ella se echó a reír a carcajadas ante la cara de asombro de su compañero.

– Joder ¿Te metiste dos festivales seguidos? –preguntó él.

– Eso es.

– Vaya aguante, supongo que después ingresarías directamente en una clínica de desintoxicación.

– Ya te digo... Pero bueno, cuéntame algo tú también, anda, que casi no te he dejado hablar con todas mis historias ¿Qué has hecho este tiempo?

– Pues la verdad es que yo también estuve una temporada en San Francisco, pero en los años 90, durante el boom de Silicon Valley... Allí me hice unos cuantos amigos y fundamos una empresilla tecnológica.

– ¿Ah sí? ¿Tipo Google?

– Tipo Google no... Google –contestó él, con una sonrisa.

– ¡Venga ya!

Esta exclamación algo subida de tono de la joven llamó la atención de algunos clientes del café, que se dedicaban en general a beber vino y jugar a las cartas en otras mesas mirando de reojo a la pareja.

– Pues sí, fui uno de sus socios fundadores, pero enseguida vendí mis acciones y desaparecí del mapa, y ya no queda ni rastro de mi paso por allí.

– Vaya, que espabilado. ¿Y así sueles financiar tus ‘vacaciones’? –preguntó ella, acompañando el comentario con un gesto de entrecomillado con las manos.

– Más o menos, y también con apuestas en combates de boxeo, carreras de caballos... Ya sabes. Es como tener el almanaque deportivo de regreso al futuro –añadió él, con humor–. Después de aquello me mudé a Los Ángeles, en los años 70, me compré una mansión gigantesca y me casé con un chica playboy.

– Qué típico, todo un alarde de moderación –contestó ella, sarcástica.

– Tranquila, lo último era mentira... no me casé con ella –bromeó–. Y hablando de estas cosas, ¿Tú has tenido algún romance destacable todo este tiempo?

– Pues, para serte sincera, sí.

– Cuéntame.

– Estuve saliendo con Harrison Ford una temporada.

– ¿Qué dices? ¿De verdad?

– Sí, pero cuando aún era desconocido y mendigaba pequeños papeles en Hollywood. Estuvo bien, la verdad. Es un tío muy pasional. Recuerdo esos meses con cariño.

–Me lo imagino.

–Oye –dijo ella, bajando un poco el tono de voz–. Veo que ya no te incomoda que hablemos de estas cosas... y me parece genial ¿sabes? Lo digo porque lo nuestro no funcionó y... –hizo una pequeña pausa, queriendo encontrar las palabras adecuadas–. Está claro que los dos lo intentamos, pero no hubo manera...

– Sí. Tranquila. –contestó él, quitándole importancia al asunto–. Era inevitable. Todo lo que hicimos, lo que conseguimos ¡Es lo más grande que ha logrado el ser humano en su historia! Pero también nos sobrepasó por completo... Manejar esto y llevar una vida normal de pareja era absolutamente incompatible... Creo que está bien así.

–Bien, me alegro de que también lo veas de ese modo –contestó ella, más aliviada–. Y según veo, tampoco nos va mal cada uno por su lado ¿no?

–Sí, desde luego, y además me apetece mucho que nos veamos de vez en cuando para ponernos al día. De hecho... creo recordar que este fue uno de los primeros viajes que planeamos hacer juntos ¿no?

–Sí. ¡Es verdad! No sé por qué me obsesioné tanto con esa idea. Esto es horrible, hay tanta miseria...

–Entonces, ¿te parece bien que sigamos viéndonos?

–Claro. No me gustaría perder el contacto contigo por nada del mundo. Estamos juntos en esto, ya lo sabes.

–Pues a mí tampoco... –dijo él–. Y ya puestos, ¿cuándo te gustaría que nos volviéramos a ver?

Ella meditó la respuesta durante unos largos segundos, repasando mentalmente la infinidad de fechas y destinos a los que le gustaría viajar. Y al final, contestó.

–¿Qué te parece la década de los 80?

–Genial.

–Mi madre me suele contar que en esa época llevaba una vida muy alocada, pero nunca la he creído. Ya la conoces, siempre tan formal y seria... ¡No le pega nada desfasarse de ese modo! Así que me gustaría ver si es verdad lo que dice. A lo mejor nos hacemos amigas y salimos juntas de fiesta ¿Te lo imaginas?... Bueno, eso suena un poco raro.

–Sí, sería una experiencia bastante surrealista –contestó él.

–Perfecto, pues si te parece bien, más tarde concretamos la fecha exac...

Pero en ese momento, un señor con traje gris y frondoso bigote apareció frente a ellos y golpeó la mesa con los nudillos para llamar su atención.

–Perdonad jóvenes, pero me gustaría pedirlos que bajaseis un poco el tono de voz. Estamos intentando conversar en aquella mesa del fondo, y casi no podemos escucharnos el uno al otro con vuestros continuos gritos y risotadas.

–De acuerdo, amigo... intentaremos hablar un poco más bajo –contestó el joven–. Os pedimos disculpas.

–... No sois de por aquí ¿verdad? No recuerdo haberos visto antes por este barrio –continuó el hombre del bigote.

–Sí, solo estamos de paso.

–De acuerdo... –contestó, no muy convencido–. Buenas tardes entonces.

Dicho esto, dio media vuelta y caminó lentamente hasta una de las mesas del fondo del salón, justo al lado de la barra, donde se sentó frente a otro señor de barba y anteojos que contemplaba la escena con curiosidad.

–... Creo que conozco a ese tío –dijo la joven, poco después.

–¿Ah sí?

–Se llama Ernesto Giménez Caballero, y fue un escritor de la generación del 27. Me suena haberlo estudiado en el instituto...

–Así que es un tío famoso.

–Sí, más o menos, y además uno de los introductores del fascismo en España.

–Toda una joyita, según veo –comentó el chico.

–Y el otro tío de barba podría ser Eugenio d’Ors, pero no estoy segura. Ambos fueron muy afines al régimen de Franco.

–Vaya, parece que las famosas tertulias literarias del Café Dorianne ya no son lo que eran...

–Sí, supongo que a estas alturas muchos escritores y artistas de antes de la guerra habrán huido o estarán ya muertos.

–Venga, pues salgamos un rato a dar un paseo antes de que empiecen a hacerse más preguntas sobre nosotros –propuso él.

–Me parece perfecto. Esto me está dando ya mal rollo...

Dicho lo cual, los dos jóvenes recogieron sus abrigos, pagaron la cuenta en la barra del bar, y abandonaron el Café Dorianne con evidente e indisimulada impaciencia.

CAPÍTULO 3

“En los años 70, olvidados ya los lejanos tiempos de tertulias y espectáculos de cabaret, unos nuevos propietarios del Café Dorianne decidieron transformar la bodega en una amplia cocina para empezar a servir menús del día y platos combinados, que podían degustarse tanto en la terraza norte como en un sencillo comedor interior. Además, en la zona del bar, se dejaron de servir exclusivamente café y vino, visto que la clientela comenzaba a solicitar cada vez más bebidas a la carta, como copas de whisky, vermouths de importación o combinados de ginebra y vodka. En general, se atisbaba la llegada de un cambio socio-político y el negocio funcionaba razonablemente bien.

Años más tarde, a principios de los 80, una clientela de lo más variopinta empezó a frecuentar el café, ya fuera a primera hora de la mañana, con la intención de degustar el típico desayuno de chocolate con churros, o por la noche, donde se organizaban pequeños conciertos pop con grupos locales. Algunos clientes famosos de esta época fueron el cantante Antonio Vega o el cineasta Pedro Almodóvar”

8 de Septiembre de 1987:

El alboroto de la gente que fumaba y bebía en la barra del bar contrastaba con la absoluta tranquilidad que se respiraba en el comedor interior, donde una pareja de treintañeros se pasaba la tarde sentados en cómodas butacas de cuero acompañados de sendos gyntonics y una ración de patatas bravas. A través del sistema de audio sonaba a todo volumen el último disco de David Bowie “Never let me down”. Los dos vestían unos llamativos pantalones de campana y lucían extravagantes cortes de pelo muy propios de la época. El chico, en particular, tenía un aspecto bastante desmejorado, con la tez pálida y unas profundas ojeras que le hacían aparentar algo mayor de lo que era.

–Mi conclusión es que la movida madrileña fue un fenómeno claramente sobredimensionado –argumentaba ella–. Está claro que hubo muy buenos músicos, pero también mucha mediocridad. ¡Te lo puedo asegurar! Lo que pasa es que la prensa decidió crear en torno a la movida una moda tipo ‘pogre’ que realmente no existió. Y así ha llegado hasta nosotros... Pero ya te digo que de protesta política hubo más bien poca, y la mayoría de músicos no eran más que unos hijos de papá.

–Curioso... –comentó él, simplemente–. ¿Y qué me dices de tu madre?

–Oh, ¡ella sí que era auténtica! –contestó ella, orgullosa.

–Así que os hicisteis amigos.

–Bueno, al final no me atreví a tanto, pero sí que la estuve observando de cerca. No sé... imagínate si años más tarde, cuando me tuviera y me hiciera mayor, se diera cuenta de que era clavadita a aquella amiga loca que tuvo de joven. Se daría un buen susto, ¿no?

–Desde luego.

Mientras conversaban, ella empezaba a darse cuenta de que su compañero estaba algo más distante y distraído de lo habitual, ya que prácticamente se limitaba a asentir y responder con monosílabos.

–Oye. Te veo muy calladito hoy... Igual es que estoy siendo un poco pesada con mis cosas. Así que cuéntame. ¿Tú qué has estado haciendo?

–Oh bueno, la verdad es que he viajado mucho, y casi siempre por el futuro.

–¿Ah sí? ¿Y a dónde has ido?

–Sobre todo a la segunda mitad del siglo XXI, e incluso un poco más allá... Te sorprendería saber todo lo que tiene que pasar en los próximos años –dijo él, en tono enigmático.

–Pues prefiero no saberlo, la verdad. Sabes que me gusta dejar que el futuro me sorprenda.

–El caso es que... –hizo una pequeña pausa antes de continuar, tratando de ordenar mejor sus ideas– llegado un momento, a finales de siglo XXI, noté que algo iba mal... De la noche a la mañana empecé a encontrar a mucha menos gente por la calle. Y al día siguiente, menos aún... Entonces entré en pánico y salí corriendo de allí.

–Vaya, ¿de verdad?

–Sí, estaba muy asustado... aunque unos días después reuní el valor suficiente y viajé seis meses más allá de ese momento tan extraño, para ver cómo estaba la situación entonces... Pero ya no encontré a nadie más.

–¿Qué quieres decir? –frunció el ceño ella, muy confusa.

–Que de repente, y sin ninguna catástrofe natural apreciable, ¡todos habían muerto! Solo veía cadáveres en descomposición por todas partes, y yo era el único ser humano vivo sobre la tierra.

–Venga ya... ¿me estás vacilando?

–Ojalá –contestó él, muy serio.

Ella observó a su compañero con detenimiento, queriendo detectar algún signo que revelara que, efectivamente, le estaba tomando el pelo, como una media sonrisa, o un cómplice guiño de ojos... Pero no encontró nada a lo que agarrarse.

–Mira, creo que no quiero saber más sobre este tema... –contestó después.

–Lo siento, pero debes escucharme. ¡Es muy importante que te lo cuente!

A medida que hablaba, el joven empezaba a ponerse cada vez más nervioso.

–Pero vamos a ver... ¿Estás seguro de que no había nadie más vivo? ¿En ninguna otra parte?– preguntó ella.

–¡Completamente!, me pasé varias semanas viajando por distintos países, y en todos pasaba exactamente lo mismo. Casas vacías, calles en absoluto silencio... Además, todas las comunicaciones por radio y televisión habían desaparecido por completo.

–¿Y los cadáveres?

–Sin ningún signo de violencia. Hice decenas de análisis de sangre y no encontré indicios de ningún tipo de patógeno, o virus... Simplemente la gente había dejado de respirar.

–Y el aire no estaba contaminado.

–No más de lo habitual.

–Vaya, lo que me estás contando es... terrible –reflexionó ella en voz alta–... ¿Y qué más viste? ¿Cómo es el mundo sin nosotros? –preguntó poco después.

–Pues todas las centrales eléctricas habían dejado de funcionar, y las nucleares empezaban a liberar radiación a la atmósfera... Las ciudades se inundaban porque las bombas de los sistemas de alcantarillado ya no tenían mantenimiento... Y a las afueras, en los pueblos y granjas, los animales domésticos se morían de hambre y deshidratación.

–Qué horrible...

–Y entonces, volví de nuevo hacia atrás, hice unos cuantos preparativos, y viajé dos años más allá del ‘colapso’, como lo llamé entonces, pero equipado con un montón de herramientas de medición.

Ella le miraba perpleja. Por un lado deseaba saber más sobre ese futuro post-apocalíptico que le estaba relatando su compañero, pero al mismo tiempo le asustaba mucho todo lo que estaba descubriendo, y por eso, en el fondo, prefería que nunca hubiera comenzado esa extraña conversación... Él, sin embargo, continuó hablando.

–... Comprobé que la contaminación atmosférica había disminuido bastante, y que los animales poco a poco empezaban a volver a su hábitat natural. ¡Los satélites caían del cielo como moscas!, y el musgo y las plantas crecían sin control por las hendiduras del pavimento de las calles.

–Así que la vida se abrió paso sin nosotros.

–Totalmente – contestó él–. Y entonces, viajé aún más lejos... 300 años después de nuestra desaparición.

Ella se quedó de piedra.

–Joder ¿Pero estás loco? ¡Eso es muchísimo tiempo! No deberías haberlo hecho.

Él hizo caso omiso al comentario y continuó su relato.

– Allí fui testigo de cómo todas las grandes obras arquitectónicas de la humanidad se derrumbaban una tras otra... aunque al mismo tiempo, muchas especies en peligro de extinción mejoraban su población: Los corales se regeneraban, los mares absorbían el exceso de carbono de la atmósfera... e incluso algunas bacterias empezaban a devorar los residuos plásticos.

–Mutaciones prematuras, qué curioso.

–Y entonces, viaje todavía más lejos, otros 15.000 años hacia el futuro.

Ella observó en silencio a su compañero. Ya casi no era capaz de reconocerlo. Era evidente que todo lo que había presenciado en sus delirantes viajes hacia el futuro le había causado un coste emocional enorme. Su rostro reflejaba ese inmenso cansancio y tristeza acumulados, y no pudo evitar sentir pena por él.

–...Pero allí, lo único que quedaba de nuestro paso por el mundo eran algunas grandes construcciones de piedra, como la muralla china y las pirámides de Egipto –continuó él– o estructuras subterráneas como el canal de la Mancha. ¡Nuestro último legado! Además, según mis mediciones, los residuos de plomo de los tubos de escape, e incluso los residuos nucleares, ya estaban siendo absorbidos y degradados por la naturaleza, y habían dejado de ser una amenaza para el resto de especies.

El joven hizo una pequeña pausa para terminar su copa y comer unas cuantas patatas. Al menos, parecía que no había perdido del todo el apetito, aunque le temblaba visiblemente la mano con la que sujetaba el tenedor... Después se secó los labios con una servilleta de papel y continuó.

–El dióxido de carbono de la atmósfera había vuelto a niveles anteriores a nuestro periodo. Pero los PVC, vidrios, y muchos residuos tóxicos seguían matando seres vivos.

–Vaya, esa es una huella horrible... –comentó la joven.

–Y entonces, hice mi último gran salto, y viajé 3000 millones de años hacia el futuro.

–¿3000 millones de años? –repitió ella, absolutamente alucinada–... ahora sí que me estás vacilando.

–... Y vi que la vida seguía adelante más intensamente que nunca sobre la tierra –continuó él, ignorando el comentario de su compañera–. Pero de formas

que ni siquiera puedes imaginar... Ya no quedaba ni rastro de nuestro paso por el mundo, ¡absolutamente nada! Es como si nunca hubiéramos existido, más allá de las señales de radio o televisión que en su día emitimos al espacio y vagaban para siempre por el universo.

– Joder. ¿Pero te das cuenta de lo que has hecho? ¡Te has arriesgado muchísimo!, –le recriminó ella, con toda la razón del mundo.

–El caso es que... –continuó él– Todo este episodio me ha hecho reflexionar y llegar a una conclusión. Aunque es algo que ya sabía, el hecho de presenciarlo en primera persona me ha hecho reafirmarme en la idea de que los seres humanos no somos más que una plaga que lo destruye todo a su paso, y que el mundo sería un lugar muchísimo mejor sin nosotros.

Ella se limitó a asentir, ya que no se le ocurrió nada que argumentar en contra de aquella reflexión.

–Y esa idea ha empezado a calar profundamente en mí... hasta convertirse en una auténtica obsesión. Y ya sabes lo que me pasa cuando me obsesiono con algo.

–¿A qué te refieres?

Él se inclinó ligeramente hacia adelante para hablar en un tono más confidencial.

–¿Recuerdas cuando conseguiste demostrar matemáticamente que viajar en el tiempo era posible? –preguntó–. ¿Te acuerdas de lo que hice yo entonces?

–Te encerraste durante meses en tu habitación hasta encontrar la manera de llevarlo a la práctica.

–Sí, y no hacía otra cosa día y noche. No comía, ni bebía, ni establecía contacto con ningún otro ser humano... Joder ¡Estuve a punto de volverme loco! Hasta que por fin, lo conseguí.

–Y eso cambió nuestras vidas para siempre –Recordó ella, con nostalgia.

–Pues ahora me encuentro en esa misma situación... Se me ha metido una idea en la cabeza, y no voy a parar hasta hacerla realidad.

Ella comenzaba a intuir por donde iba su compañero, ya que conocía perfectamente esa mirada fría y esas facciones afiladas de un perro de presa. Sabía lo que venía después, pero no quería escucharlo.

–No vayas por ahí, por favor...

–... El mundo está infinitamente mejor sin nosotros –dijo él, tras respirar profundamente–. ¡Lo he visto con mis propios ojos! Pero nuestra presencia tan nociva para el resto de especies, para toda la naturaleza, se puede revertir... Y no voy a parar hasta conseguirlo. Yo voy a ser quien acabe con toda la humanidad a

finales del siglo XXI.

Ella le replicó de forma inmediata.

–Vamos ¡No digas chorradas! Sabes de sobra que hagamos lo que hagamos en nuestros viajes por el tiempo no podemos alterar el flujo de los acontecimientos. ¡Lo hemos comprobado mil veces! Es cierto que nuestras acciones generan pequeñas fluctuaciones en el espacio-tiempo, como olas que atraviesan un estanque cuando tiras una piedra, pero al final, siempre acaban desapareciendo, y el resultado es inalterable. ¡Lo que tiene que pasar pasa igualmente! Y de un único modo posible.

–Sí, eso ocurre cuando viajamos al pasado... ¡Pero no al futuro!, más allá de nuestra línea temporal.

–Venga, no es posible.

–¿Y cómo lo sabes? –preguntó él, elevando el tono de voz–. Nunca te has atrevido a viajar al futuro. ¡Pero yo sí! Y lo he visto con mis propios ojos.

Él se percató de inmediato de que estaba hablando demasiado alto, y la gente de las mesas más cercanas empezaba a mirarle con extrañeza. Así que intentó controlarse un poco más.

–Ahora escucha... –continuó–. No voy a parar hasta matarles a todos, y estate segura de que lo conseguiré. Sabes que no me temblará el pulso cuando llegue el momento, porque sé que es lo que hay que hacer.

–Mira, eso es una tontería... ¡No sabes si vas a ser tú! – contestó ella, levantando también la voz–. Hay miles de razones por las que el ser humano puede desaparecer de un día para otro de forma natural: El cambio climático, tormentas de radiación solar, bacterias resistentes a antibióticos... Ya sabes que vivimos en un equilibrio muy inestable con la naturaleza. Eres científico. ¡Vamos!

–No, no... lo que va a pasar es algo premeditado y estudiado. Estoy seguro que es obra del ser humano. Y sabes que yo tengo la formación y determinación necesarias para conseguirlo... Por eso ahora, quiero que me mates.

Este último comentario la dejó totalmente descolocada, sin poder reaccionar. Él, sin embargo, continuó mirándola fijamente a los ojos, casi sin pestañear

–... Perdona... ¿Pero qué has dicho?

–Mátame. Ahora mismo. Antes de que sea demasiado tarde.

–Joder. No seas gilipollas, sabes que no voy a hacer eso... –contestó ella, un poco asustada.

–¡Pero tienes que hacerlo! Ahora eres cómplice de este genocidio. Sabes lo que va a pasar, y si no haces nada para evitarlo, también será tu responsabilidad.

¿Entiendes? Yo no voy a parar por mí mismo. ¡No puedo! Tienes que hacerlo tú.

Él estaba visiblemente alterado y hablaba de forma muy atropellada. Aun así, parecía totalmente sincero en su petición.

–Pero eso no es justo... –replicó ella, nerviosa.

Durante unos segundos, los dos permanecieron en silencio, mirándose fijamente a los ojos. La tensión entre ambos era más que evidente, hasta que por fin, el chico respiró hondo y tomó de nuevo la palabra.

–Escucha... Tú solo piénsatelo. ¿Ok? Reflexiona unos días y verás cómo llegas a la misma conclusión que yo... Viaja si quieres al futuro y comprueba por ti misma que lo que te he contado es verdad. Además, si lo haces, estoy seguro de que la próxima vez que nos veamos no dudarás un segundo en hacer lo que te pido.

–¿¡Pero es que has perdido la cabeza!? –dijo ella, muy enfadada–... Mira, necesito irme de aquí ahora mismo... Y quizá no debamos vernos en una temporada.

Acto seguido, se levantó de la butaca con la clara intención de abandonar el café, pero él, de repente, le agarró del brazo y la retuvo en contra de su voluntad. Inmediatamente después volvió a soltarla, al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

–Escucha... no te enfades, por favor... –intentó disculparse después–. Tómate tu tiempo y quedemos otro día ¿Ok? No sé, en 1890, por ejemplo, cuando inauguraron este local. Siempre has querido conocer a la auténtica Dorianne Artilles. ¿no? ¡Pues hagámoslo! ¿Qué me dices? Y mientras tanto, tú solo... Prométeme que pensarás en lo que te he dicho ¿Ok?

Ella, aun de pie frente a él, le miró muy enfadada. No podía creerse la enorme encerrona que le había preparado su mejor amigo, y la situación tan comprometida en la que la había situado en contra de su voluntad. Pero aun así, consiguió calmarse y volvió a sentarse en la butaca frente a él.

–De acuerdo, joder, nos vemos en 1890...

CAPÍTULO 4

“El comienzo del siglo XXI trajo consigo la compra del café por parte de un conocido empresario del sector del ocio y turismo, que tenía la intención de recuperar la esencia del ya centenario local. Por ello, tras realizar la tercera y última reforma integral, inauguró una nueva zona de tertulia y exposiciones, donde grupos de jóvenes debatían sobre cine y literatura con una copa de vino en la mano, y se organizaron presentaciones de libros y documentales de diferentes temáticas. En la parte del restaurante también se hicieron algunos cambios, como la contratación del conocido chef Ernesto Sivera, que apostó por una cocina exclusivamente vegana obteniendo una gran acogida por parte de la clientela habitual. En general, el negocio estaba en auge y multitud de gente ‘moderna’, ataviados con gorras de lana, barba cuidada y tatuajes en los brazos, abarrotaban el local a todas horas. Clientes asiduos de esta época dorada fueron los humoristas Ernesto Sevilla y Goyo Jiménez, o los reconocidos escritores de misterio y ciencia ficción Javier Sierra y Xanti Ramírez”

12 de diciembre de 2018:

Dos jóvenes que apenas superaban los veinte años de edad compartían una ración de tarta de queso en una apartada mesa del comedor, muy cerca de la salida de emergencia. No paraban de reír, abrazarse y besarse, rozando incluso lo empalagoso, mientras consultaban periódicamente en una tableta electrónica unas complejas ecuaciones diferenciales. Parecían casi tan entusiasmados del proyecto que se traían entre manos como del hecho de estar el uno junto el otro.

–Así que, si consiguiéramos mantener la intensidad del campo gravitatorio el tiempo suficiente para emitir radiación sobre el condensado de Bose-Einstein a través de los anillos de iones... –decía él.

–Pero usando ‘Polaritones’ –interrumpió ella–. Como hacen en el CERN.

–Eso demostraría la existencia de la radiación de Hawking.

–Sin duda alguna.

–Pero nosotros iríamos mucho más allá, y lo aprovecharíamos para crear antimateria.

–...Y así conseguiríamos un agujero negro lo suficientemente estable como para controlar la curvatura espacio-tiempo a nivel molecular –añadió ella.

–¡Eso es! Y a partir de aquí, se podría crear un entorno cuántico cada vez a mayor escala, hasta que...

–Joder, ¡Es una locura! –interrumpió de nuevo ella, muy emocionada– pero creo que funcionará.

–Los cálculos son exactos, los he repasado mil veces. ¡Claro que funcionará!
–respondió él.

Los dos se abrazaron, y después el chico se inclinó sobre la joven para susurrarle algo al oído mientras le acariciaba la mejilla.

–Este es el descubrimiento científico más importante de la historia de la humanidad... Lo sabes, ¿verdad? Y lo hemos conseguido nosotros dos solos, en un simple laboratorio universitario y sin ninguna financiación.

–Sí, lástima que no podamos contárselo a nadie...

–Bueno, ya hemos hablado de esto. Una tecnología así sería muy peligrosa en las manos equivocadas.

–Y estamos de acuerdo en eso, pero por otro lado... No sé, ¿Podríamos convertirnos en la pareja de científicos más importantes de la historia! Vendrían arrastrándose a entregarnos el puto nobel si lo pidiéramos.

–Lo sé, lo sé... pero ya sabes que a mí no me interesan la fama y el dinero.

–Bueno, el dinero a lo mejor un poco... –corrigió ella, sonriendo.

–Touché.

Ella cogió la mano de su novio y se la llevó a los labios para besarla.

–Pues es una pena –dijo–. Porque la tecnología que has desarrollado es auténticamente revolucionaria, y merece todo el reconocimiento del mundo.

–Ya puestos, tu desarrollo matemático para demostrar que los viajes en el tiempo son posibles tampoco está nada mal...

–La verdad es que hacemos un gran equipo.

–Es cierto.

Los dos sonrieron, y tras unos segundos de miradas cómplices la chica alcanzó su caña de cerveza y le dio un buen trago mientras él se inclinaba sobre lo poco que quedaba de tarta de queso para devorarla de una única cucharada. Con la boca todavía llena, el joven continuó relatando su ambiciosa hoja de ruta.

–Si todo va bien, calculo que para el año que viene podremos empezar a construir un prototipo funcional a escala humana. Obviamente, haremos todas las pruebas necesarias hasta estar convencidos de que es totalmente seguro, y después construiremos una réplica de seguridad. ¿Qué te parece?

–Suenan muy bien. Así tendremos una cada uno.

–Bueno, ¿y adonde iremos? –preguntó él–... Con todo este trajín ni siquiera me he parado a pensar en ello cinco minutos.

–Pues donde queramos. ¡No hay límites! Podríamos visitar el antiguo imperio romano, o participar en la revolución francesa, o ser testigos de la llegada del ser humano a Marte en un futuro. ¡Todo lo que nos apetezca! Pero lo más importante

es que...

–¿... haremos esos viajes juntos? –interrumpió él.

–Venga, no me seas cursi –contestó ella, sonriendo.

Los dos se echaron a reír a carcajadas.

–Mira, estaba pensando que... no sé... Quizá sea una locura pero me gustaría empezar viajando a los años cuarenta –continuó ella–. Tengo muchísima curiosidad por saber cómo se vivía en la época de la postguerra.

–Joder, eso sí que es raro...

–Pues así soy yo.

–Pero me parece bien, ¿sabes? ¿Por qué no?

–Muchas gracias –contestó la chica, esbozando una sonrisa.

Y entonces los dos se abrazaron, muy enamorados, y continuaron allí sentados el resto de la tarde, disfrutando de su mutua compañía y hablando sobre esos maravillosos planes de futuro juntos que jamás cumplirían.

CAPÍTULO 5

“En las décadas posteriores, el Café Dorianne cambió de propietarios varias veces más, y cada uno de ellos intentó adaptar el negocio a las modas imperantes en ese momento. Así pues, el local se convirtió durante una temporada en una ‘vermutería’ clásica, en un salón ‘chill out’ o en una ‘brunchería’ de estilo neoyorkino, cosechando éxitos dispares. Pero el día 8 de junio 2042, a las 17:35 horas, sobrevino la catástrofe... Un cortocircuito en la placa de control de la caldera de gas natural provocó una gran explosión que acabó con la vida de las 38 personas que se encontraban en el local en aquel momento. El café quedó completamente destruido y la estructura del edificio gravemente dañada. Los dueños, ausentes aquella tarde, no pudieron hacer frente a los elevados costes de la reforma posterior, y decidieron vender el negocio a un consorcio de empresarios chinos, que construyeron en el terreno un enorme bazar para mayoristas...

Y así, de este modo tan trágico como inesperado, terminó la historia del legendario Café Dorianne, que tantos personajes célebres vio pasar a través de sus características puertas correderas, y tantas anécdotas presencié a lo largo de sus más de 150 años de vida”.

8 de Junio de 2042:

En una de las mesas más cercanas a la barra principal un hombre y una mujer, ya maduros, tomaban una infusión de hierbas mientras charlaban sosegadamente. Alrededor de la pareja, unos pequeños drones ataviados con delantales de colores servían pedidos desde la cocina y recogían las mesas que iban quedando vacías. Al mismo tiempo, en el centro de la cafetería, un enorme holograma en 3D mostraba al grupo musical de los años 70 “Abba” interpretando la canción Waterloo.

–Me alegro mucho de verte Ana, –dijo Hugo– La verdad es que te veo...

–¿Más vieja? –interrumpió ella.

–Iba a decir estupenda.

–Gracias, Tú también estás muy bien... bastante mejor de lo que recordaba, de hecho.

Hugo sonrió mientras se fijaba en el anillo que llevaba Ana en su dedo anular.

–Veo que ha habido muchas novedades desde la última vez que nos vimos.

–Es lógico. Para mí han pasado 30 años.

–¿Tantos?

–Ya ves que seguí tu consejo al pie de la letra...

Los dos se miraron con complicidad.

–¿Y has estado viajando mucho? –preguntó Hugo, poco después.

–Pues al principio sí, aunque cada vez encontraba menos alicientes para hacerlo... Así que al final me establecí definitivamente en Oxford, en la década de los 60, y me hice profesora de matemáticas.

–Eso suena muy bien.

–Allí me casé con un profesor de filosofía y tuvimos tres hijos.

–Vaya, me alegro mucho por ti.

–Gracias.

Se produjo entonces un pequeño e incómodo silencio, como si cada uno de ellos se hubiera puesto a pensar en cómo habrían sido sus respectivas vidas si hubieran permanecido juntos. Pero pronto Hugo rompió el ‘hechizo’ y tomó de nuevo la palabra.

–¿Todavía sigues trabajando?

–No, ya estoy jubilada. Tengo 65 años. Ahora me dedico a otras cosas.

–¿Por ejemplo?

–Pues colaboró con varias ONGS, y doy charlas a chavales de instituto para concienciarles sobre el cambio climático.

–Eso está muy bien, ¿y dónde vivís?

–Vivo –corrigió ella–. Mi marido falleció hace dos años, y mis hijos se independizaron hace tiempo... Yo sigo en Oxford, en los años 90.

Hugo observó detenidamente a Ana. Sus hoyuelos, sus cejas arqueadas, la característica curva de la comisura de sus labios... Todo seguía estando allí, aunque más cubierto de arrugas ahora. Ella le devolvió esa misma mirada cómplice. Era evidente que se habían echado muchísimo de menos, y que a pesar de todos los años transcurridos seguían manteniendo ese cariño y respeto mutuos.

–¿Y tú que has estado haciendo? Pareces un poquito más joven que yo. Se ve que no has tardado mucho en venir a la cita.

–Sí. Solo un par de años desde la última vez que nos vimos en 1890 –contestó él–. Ahora tengo 60 años, o eso creo al menos... La verdad es que he perdido la cuenta de tanto viajar por el tiempo recopilando información.

–¿Ah sí? ¿Y sobre qué has estado investigando? –preguntó Ana, que intuía obviamente la respuesta.

–Toma, quiero que mires esto.

Hugo sacó un viejo y arrugado folio de una carpeta de cuero que reposaba

sobre sus rodillas y se la entregó a Ana. Se trataba de una fotografía en blanco y negro ampliada digitalmente. En ella se veía, aunque de forma difuminada, a una pareja de octogenarios atravesando un portón metálico en plena noche.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó ella.

–De una cámara de seguridad en las instalaciones de ‘Space X’ en Boston. Es del año 2058. 15 años antes de la desaparición de toda la humanidad... Justo 15 años.

–Qué curioso.

Hugo carraspeó y se inclinó ligeramente hacia adelante para hablar de forma más confidencial.

– Mi teoría es que estos dos ancianos consiguieron colarse allí dentro e insertar un complejo virus que estuvo latente durante años en su sistema informático, hasta que un día se activó, e infectó a los cientos de satélites de comunicaciones geoestacionarios que posee la compañía, capaces de dar cobertura a todo el planeta... Este virus tomó el control de sus antenas de transmisión y empezó a generar pulsos electromagnéticos a una frecuencia y amplitud muy específicas. Una capaz de interferir directamente con los circuitos neuronales de los seres humanos... –Hugo hizo una pequeña pausa para dar un sorbo a su infusión antes de continuar–. Básicamente esa señal le frío el cerebro a todo el mundo... Las muertes se multiplicaron en muy pocas horas, y nadie pudo hacer nada para evitarlo. Así es como lo hicieron.

–Un trabajo muy original. –contestó Ana.

Hugo posó el dedo índice de su mano derecha sobre la fotografía.

–Esos dos ancianos somos nosotros, Ana.

En ese instante, ella, sin alterarse lo más mínimo, y con una tranquilidad pasmosa, echó un azucarillo a su infusión y revolvió lentamente con la cucharilla. En ningún momento pareció sorprendida por lo que acababa de escuchar. Después, sin levantar apenas la vista de la taza, preguntó.

–¿Y estás seguro de esto?

–No al cien por cien, claro. Por eso me gustaría saber tu opinión.

–Bueno... –dijo ella echando un vistazo de nuevo a la borrosa fotografía–. Se parecen a nosotros, de eso no hay duda. Pero también podrían ser otras personas.

Hugo sonrió.

–Mira Ana, después de que te pidiera que me mataras y te negaras a hacerlo – dijo él, en tono relajado– estuve reflexionando... Todo lo que conseguimos, cuando inventamos la máquina del tiempo y demás, fue un trabajo en equipo. Quizá yo tuviera la iniciativa y me implicara demasiado en el proyecto hasta

llegar a obsesionarme... pero siempre que me bloqueaba y llegaba a un punto donde no conseguía avanzar, aparecías tú, con esa mente tan fresca y resolutiva que solo tú tienes, y conseguías solucionar el problema, por muy complejo que fuera.

– Bueno, te agradezco mucho el alago, pero creo que me sobreestimas – contestó Ana.

– Jamás lo hubiéramos conseguido por separado. Siempre fuimos un gran equipo... Y entonces lo entendí. – Hugo se inclinó de nuevo hacia adelante para continuar hablando en voz baja–... Si yo iba a ser el responsable del exterminio de toda la humanidad, no iba a hacerlo solo. Tú lo harías conmigo. Nuestra combinación de conocimientos y talento encontraría la forma de conseguirlo. Como siempre.

Hugo alargó la mano izquierda y la posó sobre la de Ana, pero esta la retiró de inmediato.

– Es solo una teoría, como otra cualquiera – contesto Ana, un poco molesta.

– Venga, seamos sinceros ¿De verdad puedes asegurarme que no has vuelto a pensar en ello? ¿Desde hace más de treinta años? – preguntó Hugo, esbozando una sonrisa irónica–... ¿Y a qué viene ese interés repentino por la ecología y el cambio climático?

Ana se puso entonces mucho más seria.

– Primero, siempre he estado muy concienciada con la protección del medio ambiente ¡Parece mentira que no lo sepas!, y segundo, que simpatice con Greenpeace no significa que odie a la humanidad, sino todo lo contrario – protestó enérgicamente–. Trabajamos día y noche para poder salvarla de su propio exterminio.

– Ya, pero al final llegarás a la conclusión de que no es posible hacerlo, de que no tenemos remedio... Que la ambición y el egoísmo desmedido de los más poderosos siempre acaba con las buenas intenciones de la mayoría.

– Joder. Eso es una gran estupidez.

Hugo dio otro sorbo a su infusión ignorando la respuesta de su compañera, y continuó.

– En algún momento de los próximos años, de aquí a que seamos demasiado viejos para preocuparnos solo de no mearnos encima, nos juntaremos y llegaremos a la conclusión de que es necesario hacerlo. Y entonces, idearemos un plan para conseguirlo.

Ana señaló la carpeta de cuero de donde Hugo había sacado la fotografía.

– La última vez que nos vimos, en 1890, llevabas esta misma carpeta, pero no

me dejaste ver su contenido... Ya tenías esta fotografía ¿verdad?

–Sí –admitió él.

–Y a última hora decidiste no enseñármela.

–Eso es.

–Además, me convenciste de que me olvidara del tema.

–Te merecías una vida larga y feliz, Ana. Ya habría tiempo para todo esto más tarde.

Ella dio otro largo trago a su té y volvió a depositar la taza con cuidado sobre la mesa.

–No es 100% seguro que esos ancianos seamos nosotros, ni de que tu teoría sea correcta.

– Lo sé, pero tú eres aquí la matemática... Dime, ¿qué porcentaje de posibilidades hay de que sea cierta?

Ana pensó la respuesta durante unos segundos.

–Un 10 o 20 por ciento como mucho, no le doy más –contestó, mientras observaba de nuevo la fotografía.

–Bueno, eso ya es una posibilidad entre cinco.

–No es muy alta.

–Pero sabes tan bien como yo que no podemos arriesgarnos.

Y entonces Ana, tras unos instantes de reflexión, miró a Hugo fijamente a los ojos y contestó.

–No, claro que no podemos...

–Debemos hacerlo ya, Ana –contestó Hugo.

Ella volvió a observar a la mujer de la fotografía y sonrió.

–Joder. Qué peinado más horrible llevo.

–Bueno, al menos tu conservas todo el cabello –bromeó él.

–¿Y has pensado cómo lo vamos a hacer?

–No te preocupes –contestó Hugo, muy seguro de sí mismo–, no sufriremos. He estado en el futuro y he visto las noticias. Sé lo que pasará aquí mismo dentro de unos pocos minutos. Solo tenemos que esperar sentados tranquilamente.

Ana esbozó entonces una curiosa sonrisa, mezcla de ironía y autosuficiencia, que Hugo entendió a la primera.

–... Ya lo sabías, ¿verdad?

–Claro Hugo, yo también he hecho los deberes.

–Y aun así... ¿te parece bien?

–Sí. Ya ves que he venido igualmente.

–Pero has preferido tomarme el pelo un rato, ¿no?

– Bueno, quería poner a prueba una vez más tu famosa capacidad de persuasión... y ya de paso charlar un rato contigo.

–Pues ha sido muy agradable –contestó Hugo, sonriendo.

Ana terminó su infusión y suspiró profundamente.

–Bien, pues adelante. Ya estoy preparada. Creo que al fin y al cabo he tenido una vida larga y feliz. No me puedo quejar de cómo me han ido las cosas... Y espero que tú también hayas sido feliz, Hugo.

–Sí, claro que lo he sido, no te preocupes –contestó él, muy tranquilo.

Entonces, con la absoluta serenidad y el claro convencimiento de que hacían lo correcto, Ana y Hugo se miraron a los ojos y entrelazaron sus manos por última vez, justo antes de que el suelo comenzara a temblar y las luces del Café Dorianne se apagarán para siempre.